



NACIONES UNIDAS
CONSEJO
DE SEGURIDAD



Distr.
GENERAL

S/9607*
19 enero 1970
ESPAÑOL
ORIGINAL: INGLÉS

CARTA DE FECHA 16 DE ENERO DE 1970, DIRIGIDA AL SECRETARIO GENERAL POR
EL REPRESENTANTE PERMANENTE DE JORDANIA ANTE LAS NACIONES UNIDAS

En relación con mi carta del 2 de enero de 1970 (S/9589) dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad acerca de los ataques israelíes contra los civiles, y siguiendo instrucciones de mi Gobierno, tengo el honor de señalar a la atención de Vuestra Excelencia la carta adjunta de un profesor norteamericano en la que describe un caso de tragedia humana ocurrida en la aldea jordania de Zahar.

Le ruego que la presente carta, así como el documento adjunto, se hagan distribuir como documentos oficiales de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad y que se señalen a la atención del Grupo de Trabajo Especial establecido en virtud de la resolución 6 (XXV) de la Comisión de Derechos Humanos.

(Firmado) Muhammad H. EL-FARRA
Embajador
Representante Permanente

* Publicado también con la signatura A/7940.

UNIVERSIDAD DE LINCOLN

PENSILVANIA

19352

Departamento de Ciencias Políticas

13 de enero de 1970

Embajador Muhammad H. El-Farra
Representante Permanente del
Reino de Jordania ante las
Naciones Unidas
866 United Nations Plaza
Nueva York, Nueva York

Señor Embajador:

Le escribo con profundo dolor pidiéndole su ayuda para que se me facilite cualquier información disponible sobre las últimas horas de mi querido amigo, Abed Almojeed Mohammed Youssef Haza'Mayah, quien residía en la aldea de Zahar cerca de Irbid. Hoy he recibido dos cartas distintas de Jordania en las que se me comunica que él y su hermano figuraban entre las ocho personas muertas en un refugio en la víspera del Año Nuevo, día en que cohetes israelíes cayeron en su pobre aldea.

Le agradecería también que publicase mis observaciones sobre Abed en la forma que estime adecuada, así como las dos notas en que se me da cuenta de su muerte. Advierto con amargura y también con profunda angustia personal que el bombardeo de la aldea de Abed y las muchas muertes que causó no se han mencionado en la prensa norteamericana. Para los editores norteamericanos, las muertes árabes son simplemente "bajas" y se supone que basta con publicar sobre las mismas una breve nota en las últimas páginas. Sin embargo, cuando un israelí resulta víctima de la guerra se nos expone todo el horror de la tragedia humana que ello entraña. No se dará cuenta en ningún periódico norteamericano de la muerte de mi querido amigo Abed y ningún norteamericano sabrá lo profundo que es mi sentimiento respecto de él. Abed era un hombre verdaderamente bueno, un hombre cuya generosidad de espíritu, afecto por su familia y amor a Dios eran conocidos de todos sus asociados y sus amigos. Dentro tan sólo de unos pocos días, Abed hubiera podido estar aquí en

/...

América, viviendo conmigo en Oxford en donde había hecho yo arreglos para que le emplearan como mecánico y que realizara estudios. Ahora ha desaparecido y jamás podrá ocupar el lugar que se le reservaba en esta casa, en la que se ha cobijado a víctimas del apartheid y del colonialismo portugués.

Permítame que le cuente algo sobre mis relaciones con Abed. Hace dos años visité Jordania después de un viaje por Africa del Norte. Estando en Ammán tuve la suerte de entablar una conversación con un joven policía jordano que hacía guardia fuera del Centro de Información de los Estados Unidos. Ese joven era Abed. Entonces sabía muy poco inglés ya que sólo había ido a la escuela primaria. Sin embargo, sus ojos brillaban, poseía inteligencia natural y una sed por el saber que no podía contenerse. Casi inmediatamente me dí cuenta de que era una de esas raras personas que todos buscamos pero que muy pocas veces encontramos. En mis cinco años en la Universidad de Lincoln como Director del Programa de becas para refugiados del Africa meridional, me puedo enorgullecer de haber sido capaz en general de saber que se trata de una persona excepcional desde el primer momento que la conozco. Indudablemente, Abed era uno de esos seres. Después de regresar a América mantuve correspondencia con él, a menudo con la ayuda de su hermano más joven, que realizaba estudios superiores de inglés en Zahar. En diciembre de 1968 visité a Abed inopinadamente en su aldea. En ese momento yo asistía a la Conferencia árabe sobre derechos humanos que se celebraba en Beirut. El frío viento invernal y el barro que había allí no hicieron sino aumentar mi determinación de ayudar a ese joven a que hiciera algo distinto. Además, yo abrigaba temores debido a los recientes ataques israelíes contra Irbid. Pero, señalándome la falta evidente de toda instalación militar en las proximidades, Abed me disipó esos temores. En febrero de 1969 decidí ayudar a Abed a que adquiriese nuevas experiencias. Yo sabía que su familia era pobre y que su sueldo como policía apenas bastaba para costear los gastos de la educación de su hermano y subvenir a las necesidades de las demás personas de su familia, sobre todo en vista de que había muerto su padre. Por ello compré un pasaje para él en la Pan American Airways.

A fines de agosto de 1969, pude detenerme nuevamente en Jordania después de un viaje por el norte de Africa. Sin dificultad, por fortuna, me reuní con Abed fuera de horas de trabajo y el Ministerio de Información tuvo la amabilidad de

/...

permitirme visitar su aldea en taxi. Allí conocí a otros amigos y familiares suyos y compartí una deliciosa cena de pollo preparada por su madre. Después de explicar a los superiores de Abed en la policía la oportunidad que ahora se le presentaba, convinieron en rescindir su nombramiento. Sólo faltaba el visado norteamericano. Según me informó Abed en su última carta, de fecha 17 de diciembre, el visado le sería concedido poco después del 13 de enero de 1970. Entre tanto, se completaron todos los preparativos aquí y compramos una nueva cama y alguna ropa para Abed.

Durante mi visita a Abed en Ammán en agosto, vimos una película producida por el Ministerio de Información de Jordania sobre la angustiosa situación de los refugiados palestinos y el bombardeo y destrucción de zonas civiles en la ribera del Jordán. Presenciando la película, le corrían las lágrimas y lloraba desconsoladamente. Me sorprendió ver que este hombre joven y fuerte, tan acostumbrado a la tristeza y el sufrimiento toda su vida, se conmoviera tan profundamente con el dolor de otros. Durante esos pocos días que pasamos juntos, cuando él no estaba trabajando, discutimos muchas cosas. Debido a su ardiente deseo de venir a los Estados Unidos, había mejorado enormemente su inglés y ya la comunicación no ofrecía ningún problema. Podía expresar sin dificultad sentimientos e ideas más profundas. Me dijo entonces algo que nunca olvidaré. Dijo que nunca desobedecería a su Dios por ninguna razón. Esta conversación tuvo origen cuando Abed observó algunos de los turistas extranjeros que se alojaban en el Jordan Intercontinental Hotel y evidentemente gozaban con los placeres de la vida nocturna. Aunque no formulaba objeciones de ninguna especie a las costumbres de los demás, decía claramente que los ideales de su aldea no se perderán. Hablaba con afecto de su padre fallecido y de cómo le había instruido sobre lo bueno y lo malo en la vida. Vivir una vida recta, como lo había hecho su padre, era su propio objetivo.

Hoy, Abed está muerto. Nunca podrá realizarse la promesa de su vida, ni la de su hermano y de los demás muertos con él por los bombardeos israelíes. Y mi familia, que a lo largo de los años ha crecido con familias de refugiados víctimas del racismo blanco en el Africa meridional, así como con diversos estudiantes africanos y árabes que buscaban su propio mejoramiento, nunca tendrá la bendición de la presencia de este joven. Pero nunca olvidaré a Abed. No hay palabras que expresen mi ira por el hecho de que los impuestos que pago sean utilizados por mi

propio Gobierno para subvencionar y equipar la fuerza aérea israelí. El conocimiento de que fue un cohete hecho en los Estados Unidos el que estalló en Zahar y mató a mi amigo querido no puede olvidarse. Sin embargo, todavía oigo decir que el Senador Javits y otros campeones de Israel tratan de obtener más ayuda norteamericana para Israel. Y todo esto, para defender el llamado "baluarte de la democracia y el humanismo" en el Oriente Medio.

Le ruego que transmita a la madre y a los amigos de Abed en Zahar mis sentimientos de profunda condolencia y cariño. Desde ahora aumentaré en toda forma posible mi ayuda a los pueblos palestino y jordano. No espero que ningún Gobierno norteamericano pueda superar el prejuicio formado en el curso de los años en nuestros medios noticiosos en favor de Israel, a pesar de que varias encuestas han mostrado que el pueblo norteamericano en general no está en favor de que continúe la asociación con Israel. Pero le aseguro que mi voz no será silenciada. Hasta que el sionismo deje de existir, hasta que todo el pueblo de Palestina/Israel alcance la plenitud de sus derechos humanos y políticos garantizados en un Estado no sectario, nunca habrá paz. Se sacrificarán más jóvenes como Abed y sin duda también muchos jóvenes judíos. Le ruego, pues, que transmita al pueblo de Zahar mi deseo de que se me considere como miembro de su aldea. Si bien no puedo en verdad consolar a la madre de Abed, le ruego que le remita el cheque de 420 dólares adjunto. Tal es la suma que la Pan American Airways me devolvió por el pasaje de Abed. Mi familia extendida de africanos de Sudáfrica, Zimbabwe, Marruecos y Túnez se une a mí para pedir a Dios que mitigue el dolor y dé ánimos para un día mejor. Aunque Abed era un fiel musulmán, no creo que tendría objeciones a una misa de réquien que se celebrará aquí en Oxford, en la Iglesia del Sagrado Corazón, por el descanso de su alma.

(Firmado) Richard P. STEVENS, Ph.D.
Presidente de la Facultad de Ciencias
Políticas y Director del Centro de
Idiomas y Zona Africanos
